

DE LA DROGA A JESUCRISTO

¿Es hoy Jesucristo una nueva droga? Eso me preguntan algunos lectores.

Y así lo parece al contemplar en Estados Unidos las manifestaciones espectaculares de la **Revolución de Jesús**, el **Movimiento de Jesús**, los **Jesus-Freaks**, los jóvenes **Hijos de Dios**, los **Festivales de culto experimental** en las parroquias, los **Pentecostales católicos**, el **Straight-People** y el **Jesus-People**.

Y nada digamos —como ha sido señalado en **TRIUNFO** en este mes— de la avalancha americana comenzada con la superficial ópera **Jesus Christ-Superstar** relatando los siete últimos días de la vida de Jesús, o el más serio, pero también discutible espectáculo musical **Godspell**, del joven de veintitrés años Tebelak, que hace en él el «aggiornamento» del Evangelio de San Mateo.

Nada de todo ello tiene que ver con el Jesús de Rossellini y Pasolini, un Jesús politizado que tiene el gran mérito de estar encarnado en la tierra, y no el evanescente e iluso que transmiten sobre todo las canciones del **Jesus Christ-Superstar**. El ensayo hecho por Pasolini no ha tenido desgraciadamente continuidad.

Johnny Hallyday pintó, en sus canciones de hace dos años, un Jesús «hippie», «barbudo y con largos cabellos», «con preferencia por las chicas espontáneas con los senos desnudos», «que fuma marijuana» y «cuyo padre se llamaba Jo y su madre Mary»; pero —al mismo tiempo— lo hizo claramente contestatario contra la sociedad de consumo y la represión policial, porque —decía en sus canciones— «el FBI corre tras él, y si pudiera cogerlo le clavaría en una cruz».

Todo eso ha ido en pocos años convirtiéndose en una nueva droga que, con el nombre de Jesús, atrae a la juventud. Un personaje iluso, inactivo y vagamente humanitario se esconde tras ese nombre.

¿Qué decir de todo ello?

Las Iglesias están vacilantes, y hasta con la tentación de aceptar estas reacciones por no saber bien qué hacer en este mundo en transformación.

El Papa ha dado un juicio bastante favorable de muchas de estas experiencias: «¿Por qué no recordar —dice a principios de este año mil novecientos setenta y dos— a aquellos jóvenes hippies que hemos visto retratados con inscripciones de gran evidencia en sus rudimentarios indumentos? I love Jesus. ¿Es nobismo o afición? Quién sabe. Esperemos que no. Ello al menos indicaría que la orientación del problema religioso hoy puede realizarse también mediante formas improvisadas, caprichosas y miméticas, y hacerse a través de los jóvenes. ¿Serán los jóvenes los que encontrarán a Cristo? Así lo esperamos. Y todavía más: sabemos que entre los más serios de ellos y los más valientes hay quienes saben escuchar su flechante llamada, y saben anunciar a sus amigos: **Hemos encontrado al Mesías**».

El conservador Cardenal Daniélou, cuando asistió en París al estreno de **Jesucristo-Superestrella**, se entusiasmó diciendo al periódico «Le Figaro» que «no le gustaba nada el Jesús político de Pasolini»; pero que «veía en el éxito de **Jesus Christ-Superstar** el emerger de una corriente religiosa que superaba el secularismo y la teología americana de la muerte de Dios».

Lo mismo que le ha pasado al popular líder religioso Billy Graham, favorecedor del **Movimiento de Jesús**, porque ve en él una buena ayuda para la Iglesia, al pensar que pueda auxillar a ésta a descubrir la vitalidad del Evangelio con nuevas experiencias.

No obstante, desde un punto de vista sinceramente cristiano —sea conservador o progresivo— se hacen críticas con fundamento, a las cuales yo me adhiero totalmente.

¿Qué le achacan unos y otros? Las derechas religiosas ven en éstas explosiones algo semihistórico o evasivista de la realidad religiosa última: la trascendencia de Dios como persona absoluta en la vida del hombre. Todo parece evanescente y delicuescente; nada hacer ver, salvo quizá en los llamados **Hijos de Dios**, algo seriamente religioso. Estos —a pesar de los discutibles procedimientos que emplean— no quieren olvidar los aspectos «fuertes» del Evangelio. Para ellos la vida debe ser estrictamente comunitaria, viven en serias comunas profundamente ascéticas, pero con la alegría de la vida natural: no existe entre ellos la promiscuidad sexual (tan en boga en otros ensayos comunitarios), ni el trabajo para favorecer el consumo en nuestra sociedad, sino solamente para conseguir el parco mantenimiento de las comunas mismas; su religiosidad está constantemente impregnada de un sentido literal de la Biblia, y no se olvidan tampoco de oponerse con sus duras palabras y actitudes a la destrucción, la

guerra y el egoísmo de nuestras sociedades contemporáneas de falsa tradición cristiana.

Las izquierdas echan en cara a **Jesucristo-Superstar**, máxima representación de estos ambiguos **Movimiento de Jesús**, la evasión de la responsabilidad por las cosas de esta tierra, una actitud pasiva ante la vida, y un **Jesucristo** soñador, apolítico y sin comprometerse.

No es lo mismo —eso lo saben bien los protestantes como Karl Barth— religiosidad que fe. Teólogos católicos como Sönnigen y Urs von Balthasar piensan lo mismo. Nosotros los españoles sabemos algo de esto, y yo intenté plasmarlo, a través de nuestras costumbres y literatura, en mi reciente reportaje sobre las **Supersticiones**. Hemos vivido en nuestro país un catolicismo populachero (de opio del pueblo o de conveniencia de privilegiados) que era de raíz pagana: lo peor del paganismo, tan criticado por los primeros cristianos y tan divergente del Evangelio, se hallaba en esa confusa, egoísta y descomprometida religiosidad sólo de cumplimiento pascual, bodas, bautizos, procesiones, imágenes devotas, romerías, y —como resultado— la falta de honradez humana hacia el otro, de ausencia de sentido social y de carencia de convivencia plural. Y me pregunto: ¿es eso cristianismo? Quizá sea religiosidad de culto a un Dios lejano y autocrático que queremos propiciarnos; pero nunca la paradójica vida pregonada en el Evangelio, escrito en el siglo I de nuestra Era, con su tensión o dialéctica de sed de absoluto y al mismo tiempo de preocupación por la tierra y sus hombres.

En cambio, los 15.000 jóvenes que fueron en Pascua al monasterio protestante de Taizé a festejar la Resurrección de Jesús oyeron a su prior calvinista, Roger Schutz, unas palabras mucho más cristianas que las ambiguas de la aparente **Revolución de Jesús**: «Como Dios, el hombre es creador, y el cristiano prosigue esta aventura interior con el Resucitado, porque cada día transfigura al hombre y a la humanidad, y nosotros tenemos que entrar de lleno en esta libertad creadora y llena de audacia, cuya sed se alimenta en el Resucitado».

Lo mismo que los 1.300 jóvenes reunidos en Lourdes con el Cardenal Marty, arzobispo de París, llamado por muchos el «Cardenal rojo». Allí les recordó que «el cristiano, más que nadie, debe trabajar por edificar en el mundo estos cuatro pilares que son la justicia, la libertad, la fraternidad y la verdad».

O la organización juvenil americana **CYO** —Catholic Youth Organisation— con su dinamismo moderno, o los **Focolari** buscando un Jesús sencillo y enraizado en la vida corriente en forma decisiva. O, sobre todo, tantos y tantos hombres y mujeres que buscan un poco más de intimidad para —sin alardes folklóricos o exclusivismo de nueva secta— ser motor de una sociedad nueva y más humana, porque muchos no quieren atarse a más frases hechas, a más estructuras falsamente renovadoras, sino vivir un sentido más profundamente humano en la vida, y —para eso— creen que el Evangelio les dice algo que les impulsa a dar sentido a lo que la ciencia aporta, en contenido y medios para realizarlo. Del Evangelio sacan la vivencia de la apertura a los otros, y de la ciencia social, económica o psicológica las metas y el camino.

Para mí es revelador que en Francia del 90,5 por 100 de cristianos (entre católicos, ortodoxos, protestantes y sin denominación) sólo el 41 por 100 piensen que hoy está vivo todavía Jesucristo, y si les preguntásemos sobre lo que representa en sus vidas tendríamos —haciendo una estimación— la decepcionante respuesta de que sólo a un 10 por 100 les influye decisivamente en su conducta durante la vida, aunque —eso sí— el 89 por 100 se case por la Iglesia, y el 80 por 100 quiere ser enterrado eclesiásticamente.

Así no es nada extraño que, en nuestro país, cualquier día veamos algún espectáculo como **Jesucristo Superstar**; pero no queremos saber nada de ideas más profundas y decisivas, porque incluso inquieta a nuestra conformista sociedad que un Obispo responsable como el de Segovia, que tiene un mensaje realista y evangélico que transmitir para los hombres concretos de hoy y de aquí, no pueda hablar en un acto cultural, en esa castellana ciudad, por las amenazas de violencia y hasta de poner una bomba o petardo si se realizaba la reunión proyectada en el local, **Ladreda, 24**, donde —tan necesitados como estamos de cultura y responsabilidad social— todos los viernes intentan sus organizadores salir de la rutina de nuestras decaídas, mortecinas y rutinarias costumbres e ideas sociales. Pero, al parecer, esto no están tan fácil ni tan interesante —en el mundo de hoy— como escuchar o hablar de **Jesucristo** como una nueva droga tranquilizante.

«Todo el problema está ahí: una droga física es sustituida por otra espiritual, eso es todo» (Lit. Gazeta).

MIRET MAGDALENA